

DIENTES, DIENTES...



Por Julián Granado



Retrato de M^a Luisa de Parma realizado por Goya.

Fue como ella sola, la reina María Luisa de Parma quizás lo era, sobre todo, por su falta de dientes, que sufría desde la edad de 22 años. Las pintadas de Goya se ensañan con el detalle, que llama poderosamente la atención. Más incluso que los ojos, habituados a una especie de espanto crónico; o la piel de vejestorio, acartonada de afeites cosméticos.

Testimonios menos sospechosos, como el del padre Coloma, coinciden en la mención de aquella boca sumida, “grande y hendida en forma de culebra”, que ya había arruinado los esplendores de la juventud. Y el embajador ruso, Ziboniev, renuncia a los almíbares diplomáticos para afirmar que “si los partos, las enfermedades hereditarias y el mal color habían marchitado aquellas facciones, lo que precipitó su derumbe había sido la pérdida de los dientes”.

En la familia de Carlos IV, tan regia como poco agraciada, todos parecían orgullosos de sus deformidades faciales. El rey lo estaba de su prognatismo borbónico, que la mayoría de casas europeas habían heredado de sus cruces endogámicas con los Austrias, y estos de Alfonso VIII el de Las Navas, que tenía mentón para sí y su secular descendencia.

A ese belfo descomunal, el príncipe y futuro Fernando VII añadiría una cara contrahecha llamada síndrome de Crouzon, que se identifica en las monedas y cursa con trabas del desarrollo mental. Pero, como digo, aquella era una proge que con la inocencia perdía la belleza, para terminar familiarizada con sus coronadas fealdades.

Todos salvo la reina, que atezada por una secreta vergüenza, se retiraba para ejecutar en privado actos tan sociales como el de comer. Advertidos, los sirvientes tenían que presentarle los alimentos triturados, y aun así, la imposible molienda convertía la masticación en un espectáculo verdaderamente penoso.

Hasta que le fabricaron una dentadura postiza, con la que a la reina María Luisa le cambió la vida. A diferencia de los rudimentarios artilugios entonces al uso, ésta estaba confeccionada con un material de consistencia gomosa, blandito y rosa, a semejanza de la encía natural. Y mostraba una empalizada de dientes graciosa-

mente ensartados, armónicos y rutilantes como nácar. Cuando tras adaptársela se miraba en el espejo, era para comprobar cómo recuperaba la sumida boca el volumen de antaño. Cómo se transformaba en un rasgo agradable de contemplar, por la corte o por el gitanazo de Godoy. Y entonces algo se removía en su mustio interior...

Fue así como el postizo, arañando la insensible coraza tras la que se parapetan los monarcas, se convirtió en el objeto mimado de su existencia. Tan suyo lo sentía la reina, que no le asignó cofre áureo donde guardarlo. ¿Qué mejor escondrijo que su agrade-

cida boca? Solo se lo sacaba de allí para limpiarlo -faena íntima y personal en la que no empleaba menos de una hora diaria-, o encomendarlo a alguno de los tres edecanes de confianza, exclusivamente dedicados al mantenimiento de la augusta prótesis.

Con ser algo notorio para la Corte, a la reina le gustaba no obstante que todo lo relativo a su dentadura fuera considerado como secreto de Estado. Hasta tal punto, que sus labios solo se lo revelaron a la emperatriz Josefina. Mujer esta a la que sus proverbiales dolencias dentales habían inducido a consumir opio y agriado el carácter, antes de

hacerle perder, con los incisivos, mucho del atractivo sexual que ejercía sobre Napoleón.

-¿Cómo? ¿Que esos lindos dientes son postizos? -exclamó incrédula, cuando se lo confesó la reina María Luisa-. Ahora mismo quiero saber el nombre del artista -exigió apremiante, sin disimular el tono de amenaza.

Teniendo en cuenta que, más que invitada, la reina española era prisionera del emperador en Francia, la información no pudo ser negada.

El delicado postizo era obra del maestro protésico Antonio de Saelices, que tenía su taller en Medina de Rioseco, Valladolid. Adonde raudo se dirigió un emisario de la edéntula Josefina, portando en sus alforjas sendos moldes, en arcilla horneada, de las imperiales encías.

En Madrid, el enviado se entrevistó con José I, por el que supo que las tropas francesas combatían a sangre y fuego para someter la provincia de Valladolid. Tierra a la sazón peligrosa, infestada de guerrillas, le dijo el hermanísimo.

Por parte del alto mando gachacho se modificaron los planes estratégicos, para abrirle un corredor de paso al mensajero. Y fue designado un nutrido destacamento para proteger la saca a lo largo del accidentado viaje.

Con su preciosa valija, y echando el bofe por la boca, el emisario llegó tarde a Medina, para encontrar un pueblo fantasma, arrasado unos días antes tras numantina resistencia. Durante el asalto, el taller de los Saelices había ardido por los cuatro costados. Se dio por supuesto que con el artesano y toda su familia dentro.

Cuando lo supo, todavía retenida en suelo francés, la reina María Luisa se llevó una mano a la mejilla, como si le dolieran las muelas de que carecía. No tan afectada por la tragedia patria, como alarmada por la posibilidad de que se le rompiera algún día la providencial dentadura. “¡Dios mío!”, se santiguó con aprensión. “Si eso ocurriese, tendría que ir al otro mundo para que me la compusiera el maestro Saelices”.

Y el solo pensamiento le hizo apartar desganada el plato, dando por finalizado el almuerzo.

Julián Granado es médico estomatólogo y escritor.